

12. LAS VÍRGENES PRUDENTES Y NECIAS

Introducción. La parábola que escuchamos hoy es de una importancia esencial. Es la invitación a dejar de vivir en la permanente distracción y despertar a una vivencia atenta y asombrada de la vida. La palabra "prudencia" proviene del latín "prudentia", que a su vez es una alteración de providentia (previsión). Se compone del prefijo "pro-" (adelante) y el verbo "videre" (ver). Por lo tanto, etimológicamente, prudencia significa "ver de lejos" o "prever", describiendo la capacidad de anticipar las circunstancias y tomar decisiones adecuadas. Nuestra «situación vital» suele estar llena de estímulos, de impactos que la vida nos ofrece. Desde todos los medios de comunicación y especialmente desde nuestro dispositivo móvil, hay un continuo aluvión de mensajes que captan nuestra atención y curiosidad. Los sociólogos hablan de "infobesidad". La constante demanda y reclamo de espacio a nuestra atención que no siempre dejan un poso, o un contenido útil. Esta forma de vivir tan extendida, debía también ocurrir en tiempos de Jesús. Muy atentos a noticias irrelevantes y a información innecesaria y distraídos para lo esencial, lograr escuchar la voz de Dios y de su voluntad en medio de nuestras vidas. Captar de forma experiencia su presencia que llena de confianza y alegría el devenir de nuestros días. Jesús con la parábola de las Vírgenes prudentes y necias nos introduce de forma muy nítida en la importancia de activar la atención. De ser rastreadores de lo que nos construye, de lo que nos aporta y que se convierta en la fuente de alegría permanente.

Lo que Dios nos dice. *«Entonces se parecerá el reino de los cielos a diez vírgenes que tomaron sus lámparas y salieron al encuentro del esposo. Cinco de ellas eran necias y cinco eran prudentes. Las necias, al tomar las lámparas, no se proveyeron de aceite; en cambio, las prudentes se llevaron alcuzas de aceite con las lámparas. El esposo tardaba, les entró sueño a todas y se durmieron. A medianoche se oyó una voz: “¡Que llega el esposo, salid a su encuentro!”». Entonces se despertaron todas aquellas vírgenes y se pusieron a preparar sus lámparas. Y las necias dijeron a las prudentes: “Dadnos de vuestra aceite, que se nos apagan las lámparas”. Pero las prudentes contestaron: “Por si acaso no hay bastante para vosotras y nosotras, mejor es que vayáis a la tienda y os lo compréis”. Mientras iban a comprarlo, llegó el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él al banquete de bodas, y se cerró la puerta. Más tarde llegaron también las otras vírgenes, diciendo: “Señor, señor, ábremonos”. Pero él respondió: “En verdad os digo que no os conozco”. Por tanto, velad, porque no sabéis el día ni la hora» (Mt 25,1-13).*

La fe en la resurrección de Jesús y en su segunda venida se esperaba con una inmediatez que animaba y esperanzaba a la primera comunidad. La experiencia de que la venida definitiva de Cristo seguía sin producirse, de que el tiempo se estiraba y de que también los desórdenes en la vida de la Iglesia se estaban extendiendo iba dejando un poso de decepción y de escepticismo. En nuestra experiencia de fe ocurre algo parecido. Desde una experiencia fundante, de conversión, de renovación, de encuentro con Jesús que lo cambia todo, que llena de alegría y de emoción todo lo que vivimos. Le sigue un tiempo de realidad. Se baja el suflé de lo emocional y nos cuesta reconocer la cercanía de Jesús en lo cotidiano. Justamente por eso insiste Jesús en la consigna de vigilancia constante, de espera incesante. En la «vida doméstica» de la Iglesia somos especialmente responsables los que tenemos la responsabilidad de acompañar la fe de otros. Las cinco vírgenes prudentes, reconocen que la experiencia de Dios hay que cuidarla y alimentarla. No ocurre de una vez para siempre, sino que se hay que cultivarla y hacerla crecer. La fe se practica, no simplemente se recibe. Esa colaboración es imprescindible. Por eso se preparan con las alcuzas de aceite repletas. Las necias viven en la total despreocupación. Convencidas que otros les sacaran las castañas del fuego. Detrás de lo prudente o necio, de lo atento a distraído, de lo cuidadoso o irresponsable se esconde una construcción de la propia vida. Si nunca nos responsabilizamos de nada, si ignoramos el valor de las cosas, si nunca me he esforzado por nada, porque ha vivido en la hiperprotección, mi mirada sobre la vida se queda sesgada. En cambio, en la cultura del esfuerzo, del cuidado, del detalle, se construye una persona cuidadosa y compasiva.

Como podemos vivirlo. Ser atento o distraído no es solo que nos perdamos algo bonito que ocurre, como cuando miramos el cielo buscando una estrella fugaz y unos la ven y otros no, "te la has perdido". Si no estoy atento me incapacito para vivir el amor real. Acabamos tan distraídos en nosotros mismos que invisibilizamos las necesidades del otro. Si solo me fijo en "lo que me renta", soy incapaz de dejar espacio en mi vida a lo que el otro vive. La distracción es el ocaso del eros. Es la muerte de la relación.